ADRIANO M. AGUIAR

EPISODIOS MILITARES

JIMAGUAS

LOS BRAVOS DEL 88.°

MONTEVIDEO

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE VÁZQUEZ CORES Y MONTES

146 — CALLE 18 DE JULIO — 148

1898

JIMAGUAS

EPISODIO MILITAR DE LA GUERRA DE CUBA

JIMAGUAS

Ágere et pati fortia Ibèrum est.

I

La cuesta era larga, empinada y fatigosa. Los rayos del Sol cayendo á plomo sobre nuestras cabezas, nos achicharraban dorando al mismo tiempo el polvo denso, blanquecino y finísimo que con nuestro andar levantábamos en la tortuosa senda que subíamos á la desfilada. Marchábamos despacio y trabajosamente porque el calor era horrible y el aire parecía faltarnos.

Ni la más leve brisa agitaba las ramas de los copudos árboles alzados en la ladera; ni una nube empañaba el pálido azul del cielo. La intensidad de la luz, que producía una fuerte reverberación, nos obligaba á cerrar los ojos de vez en cuando; el calor, en esa hora propicia para una siesta, nos hacía experimentar con su bochorno una modorra invencible; el zumbido de los moscones, jejenes y «jicotes», el canto mo-

nótono de la chicharra posada en la retama de la espesura, y el de las ramas de zarzal en las charcas de agua fangosa y corrompida, con un sonsonete abrumador y persistente, aumentaban nuestra somnolencia.

Promediaba el día, un día excepcional de pleno verano en aquel clima abrasador y mortífero, bajo el trópico de Cáncer, cuando á algo más de la mitad de la rampa abrupta, nos detuvimos los de la extrema vanguardia para tomar aliento con un momento de reposo.

En un recodo del sendero, al abrigo de unos chaparros y tunas, el sargento Peláez, un andaluz alto y cenceño, hombre machucho y veterano de la otra guerra en la Isla, que era quien en este día mandaba el pelotón de descubierta, nos invitó alegremente á echar un trago de «ginebrita» porque, según él decía, esto servía en todo tiempo y lugar para tres cosas: «para cortar la sed, para sostener el cuerpo y para mantener la moral».

La moral del soldado, sobre todo; y el tacto de codos.... estando los pies firmes.

Sin meternos á examinar si era legítimo de Holanda, dimos largo beso á la cantimplora, paladeando con fruición el blanco aguardiente, que nos pareció un licor exquisito, y luego hubo de continuar la marcha porque sentíamos cerca el rumor que hacían andando entre las malezas y cañaverales del bajo, los flanqueadores del

grueso de nuestra columna, que ya se aproximaba á aquel sitio.

Urgía, según las órdenes recibidas, el llegar lo más pronto posible á Cascorro; y aunque con bastante fatiga por nuestra parte, no hubo más remedio que seguir adelante haciendo de tripas corazón y dejando para más tarde el acampe.

En Cascorro habíamos de renovar nuestras raciones; conque: «Dele carbón á la máquina», como repetía Peláez á menudo, mucha fuerza de voluntad, muchas piernas, porque todo rezagado es hombre perdido, y «arriba torgado, que tras de la cuesta está lo llano».

Cuarenta y ocho horas hacía que habíamos salido de Punta Filón, y desde la «sabana» á la loma, desde el carrascal á la «manigua», por entre montes espesos y por veredas extraviadas, perdidas entre espinosos «guisasales» y «seborucales», y haciendo pequeños altos en los lugares más aparentes por ser fácil la defensa y donde había aguada, seguíamos nuestra marcha, que era lenta por más que hiciéramos por apresurarla.

Íbamos 215 hombres de «Cazadores de la Albuera» con 8 oficiales, 35 guerrilleros de «Puerto Príncipe» y algunos muleteros, conduciendo á lomo de mula un convoy de vituallas, pertrechos y municiones que habíamos de entregar en el punto ya citado de Cascorro, debiendo seguir después nuestra marcha, según las circuns-

tancias, ya á Guaymaro, ó ya, por San Miguel, hasta Nuevitas.

Se nos había advertido, por soplo que tuvimos de un «sitiero» afecto á nuestra causa, á proximidades del Quemado, que por allí merodeaban dos fuertes partidas insurrectas procedentes del Camagüey, á cuya cabeza estaban el titulado brigadier Cisneros y los cabecillas López Recio y Mayía Rodríguez, y por esta razón adelantábamos con las precauciones del caso.

Al internarnos campo atraviesa dejábamos á nuestra derecha el poblado de Consuegra, tratando de cortar camino con el «jíbaro» que nos servía de guía.

A nuestro paso el país se mostraba desierto, y nuestra vanguardia había adelantado leguas y leguas sin que el enemigo apareciese y sin encontrar más que algunos bohíos abandonados.

Desde la tarde del día anterior el camino se había hecho más penoso, los senderos se estrechaban cada vez más y una vegetación exuberante, limitando los horizontes, disminuía ó impedía toda vista lejana, haciendo más pequeño el campo de mira.

Los obstáculos naturales nos obligaban así á disminuir el fondo de nuestra columna, y á prolongarla en una progresión de unidades de fuerza de una extensión tan inconveniente y desproporcionada que la colocaban en una situación desfavorable y completamente antimi-

litar para una lucha con el enemigo si éste se presentaba de improviso, pues llegado el caso, sólo le sentiríamos ó veríamos cuando estuviese encima y no sería fácil entonces efectuar, bajo sus fuegos, nuestra concentración.

Ansiábamos por eso, para ponernos en mejores condiciones tácticas, salir cuanto antes de aquellos senos inextricables y llegar á lo alto de las lomas ó alcanzar la « sabana » más próxima, por desnuda que fuese, donde pudiéramos darnos aire y respirar y ver lejos, teniendo más libertad en nuestros movimientos; un sitio, en fin, donde hacer un despliegue de nuestras fuerzas, que aunque no muy numerosa, maniobrando unida con evoluciones rápidas bajo un solo mando y enteramente á la vista de su valiente y arrojado jefe, podría sostener combate glorioso ya triunfásemos ó no.

Pero, como dice el refrán: « No hay atajo sin trabajo » y, al meternos por aquellos andurriales, pronto quiso la suerte que se pusiesen á prueba nuestras condiciones de valor y disciplina, de ánimo y de resistencia, y tràs ruda jornada de cinco horas de marcha penosísima, pasamos aquel día de San Lorenzo, jueves 5 de Septiembre, me acuerdo muy bien, un trance amargo.

He aquí lo que sucedió:

Estábamos próximos á alcanzar la cumbre del Cerro del « Gago », ó sea del « Tartamudo »,

cuya ladera occidental ascendíamos, cuando la punta exploradora de nuestra extrema vanguardia, compuesta de un cabo y cuatro soldados, se detuvo repentinamente en el límite del espacio descubierto que servía como de meseta á la altura á que nos dirigíamos.

Pronto los vimos ponerse de nuevo en movimiento y desaparecer tras los accidentes del terreno, que formaban alto horizonte, internándose en aquélla á la carrera con las armas en guardia.

Un alerta se había producido, sin duda, y algunas balas habrían silbado sobre nuestros hombres, porque confirmando esto, á poco llegaron á nuestro oído los ecos sordos, apagados, de algunos disparos lejanos.

El ¡enemigo! pensamos todos, y á la voz de: «¡Adelante!», dada por el sargento, corrimos arriba á sostener la avanzadilla cargando nuestras armas y dando con un toque de corneta, convenido de antemano, la señal de alarma á la columna.

Al llegar jadeantes de cansancio, á la meseta, vimos que ésta tenía una extensión mucho mayor de la que creíamos.

La esplanada en declive suave, con ligeras ondulaciones en el terreno, estaba cortada por un pequeño barranco en dirección de Norte á Sur, y un poco á nuestra derecha, hacia el Sudeste, se alzaba dominando el campo, un mon-

tículo semejante á aquel en que nos encontrábamos, con iguales vertientes escarpadas y coronado por una isleta de árboles, altos «*jachalís*» de espeso y obscuro ramaje.

Mientras corríamos, después de los primeros tiros, reinó otra vez el silencio.

Cuando desembocamos á la desnuda planicie, presa todos de la emoción consiguiente á toda entrada en fuego, oprimiendo febrilmente el «mauser», arma de repetición que, como un verdadero amigo, inspira confianza al soldado, íbamos estirando el cuello para ver mejor y con el oído atento al menor ruido.

En aquel instante la meseta apareció solitaria á nuestra vista, pero muy luego, apercibimos á los cinco hombres de nuestra punta de vanguardia desplegados en tiradores sobre la cresta oriental del barranco, destacándose vigorosamente sus siluetas sobre el fondo azulclaro del cielo.

Avanzaban lentamente, mirando á uno y otro lado, con el cuerpo inclinado hacia adelante y el fusil preparado, prontos á hacer fuego.

En su marcha otra vez desaparecieron de nuestra vista y de nuevo resonaron disparos.

Por su estampido seco y cercano producido á intervalos regulares, comprendimos que esta vez tiraban los nuestros.

El enemigo desde el linde del bosque no tardó en responder, generalizándose un fuego en guerrilla en el que no tardamos en tomar parte.

El combate comenzaba con la sorpresa de uno de los puestos avanzados de los insurrectos, y así lo demostraba el cadáver de un negro retinto que vestido con una camiseta de lienzo, de un color blanco-sucio y pantalón de rayadillo colorado á fondo blanco, remangado hasta las rodillas, yacía con el cráneo destrozado de un culatazo, tendido boca arriba sobre un charco de sangre, entre unos ramojos, á pocos pasos del borde del barranco en que ahora estábamos.

El cabo Miguel y sus cuatro números, hostilizados por el fuego del enemigo, que arreciaba por momentos, repasaron aquella cuenca del terreno incorporándosenos en breve y felizmente.

En aquel momento la cabeza de nuestra columna, apareciendo á nuestra espalda, desembocaba también en la meseta.

Las cornetas tocaron entonces á avanzar, y nuestra sección, tiroteando siempre, adelantó por la planicie á pecho descubierto; pero á poco nos vimos detenidos por un violento fuego de fusilería que se nos hacía en sentido convergente desde las espesuras cercanas, aumentando por grados su intensidad, lo que vino á indicarnos que teníamos enfrente un enemigo numeroso, empeñado en no dejarnos pasar.

Quizás sin quererlo, al tomar aquel caminejo de travesía, habíamos ido á dar de narices sobre un « palenque » de negros cimarrones, y és-

tos iban á defender su campo con la energía de la desesperación, batiéndose con el furor del lobo sorprendido en su guarida.

Ya sobre la meseta el grueso de nuestra columna, ésta formóse en la altura en orden preparatorio de combate, sobre dos líneas, una de ellas, la segunda, á cubierto de la loma, oculta al enemigo y en reserva, custodiando las mulas de carga del convoy, pero á corta distancia de la primera.

La línea fulgurante del acero de las bayonetas, chispeando al sol y sobresaliendo entre las altas hierbas como gigantescos alfileres, era lo único que revelaba á nuestros ojos, inspirándonos la seguridad de un pronto apoyo, la situación de nuestro centro y sostenes.

Los de vanguardia en pelea nos manteníamos cerca del barranco con dificultad.

El fuego había comenzado á las 12 y 1/2 p. m., y al cuarto de hora ya había alcanzado tal intensidad, que se nos dió orden de disimularnos, echándonos de barriga, para continuar tirando desfilados todo lo más que fuera posible, y á fin de evitar mayores bajas que las que ya empezábamos á experimentar.

A poco, los guerrilleros de «Puerto Príncipe» tomaban posición en un puesto avanzado á nuestra izquierda, abriendo también el fuego sobre el oculto enemigo, cuya situación en las espesuras linderas sólo se manifestaba por los

blancos copos de humo producidos por sus disparos, alzándose lentamente en el aire enrarecido y sofocante de aquel día canicular.

Con rara inteligencia, con un golpe de vista rápido y seguro, digno de un estratégico, nuestro jefe, el comandante Pieltain, abarca de una sola ojeada el campo de la acción y toma, sin pérdida de tiempo, las disposiciones de defensa necesarias.

Así es que despreciando el peligro, se precipita al galope de su caballo hasta nuestra sección de vanguardia, y mostrándonos con la punta del sable la altura cercana de la derecha, el montículo de que antes he hablado, nos grita con voz fuerte: «¡Adelante, Cazadores! ¡Paso de trote, á coronar la loma y mantenerse allí, cueste lo que cueste!»

Picó espuelas en aquella dirección, y arrastrados por su brillante valor le seguimos á la carrera, en medio de una granizada de balas, subiendo á la altura en revuelta confusión, mientras alguno que otro de los nuestros caía para no levantarse jamás.

En la cumbre del montículo empezó un corto y rudo combate al arma blanca, y oí á Peláez, que lo mismo que el cabo Miguel se batía entre los primeros, gritar desaforadamente para animarnos: «Ya se armó la de mazagatos; aquí del coraje, muchachos! ¡El valor no se compra ni se vende, hay que tenerle, y poco ó mucho, esta es la ocasión de demostrarlo!»

Fué tal el ímpetu del ataque, que los insurrectos que encontramos allí y que acababan de escalar la loma por la vertiente opuesta, fueron despachados en un abrir y cerrar de ojos. No hubo cuartel, y los cosimos á bayonetazos.

Una sección de 25 hombres, al mando del teniente Quintana, acudió prontamente á sostenernos en la cumbre del cerrillo, situándose á nuestra derecha y, continuando allí nutrido el fuego, en llegando, el teniente ordenó muy sereno: «¡Alto! ¡A doscientos metros, fuego oblicuo á la izquierda y á pie firme!»

Aquello nos entusiasmó á todos, y dueños por completo de aquel mogote bosqueado, continuamos batiéndonos como endemoniados contra los malandrines insurgentes que ocupaban el linde del bosque sin atreverse á salir de él y mostrarse á descubierto.

Y en verdad que fué un momento dichoso para nosotros aquel en que se nos dió orden de ataque, porque estábamos cansados de que el enemigo no diese la cara en lucha franca y leal; hartos de no ver pelear de frente, en campo abierto, á aquellos descosidos gritones que no hacían más que insultarnos llamándonos «jipatos» y «patojos cicotudos», y que sólo se resistían ó atacaban cuando se hallaban en gran número, cuando menos triple al nuestro, fastidiándonos día y noche con su guerra cobarde de sorpresas y emboscadas.

El fuego continuó recio hasta poco más de las tres de la tarde, en cuya hora la situación, que hubiera sido crítica para una tropa menos resistente y aguerrida que la nuestra, empeoró bastante.

Largo tiempo hacía que en los espesos bosques del contorno, y entre el estruendo de la fusilería, resonaba tocando llamada con poderosos ecos el « fotuto », el caracol-corneta mensajero del enemigo, y éste empezó á mostrarse más audaz, más osado, sin duda por la llegada de sus refuerzos, y ya en pleno conocimiento del escaso efectivo de nuestra columna.

Aquellos malditos descendientes de Cam habían aprovechado el tiempo y aparecían ahora por todos lados y en fuerza, designando un movimiento envolvente por nuestras dos alas á la vez, pero, sobre todo, amagando fuerte por nuestra derecha.

Espesa nube de tiradores apoyados á corto trecho por grupos compactos, unos á pie y otros á caballo, salieron bruscamente de la « manigua », blandiendo sus armas ó haciendo fuego y avanzando á los gritos, mil veces repetidos, de: « ¡ Viva Cuba libre ! ¡ Mueran los « patones » ! ¡ A ellos ! ¡ A ellos ! ¡ Al machete ! ».

Por fortuna nosotros teníamos la ventaja de la posición y habíamos concluído nuestro despliegue poco después de comenzado el combate, así es que cubriéndonos lo mejor que podíamos

con los accidentes del terreno y los árboles que coronaban los dos montículos gemelos, que dieron nombre á esta acción de guerra, (1) los esperábamos tranquilos, con el dedo puesto en el disparador de nuestros livianos «maüsers», que nos teníamos echado á la cara, graduando exactamente y con toda calma las distancias de nuestra doble línea de fuegos; la primera de rodilla en tierra, y la segunda de pie firme.

De repente una larga hilera de sombreros de paja, grandes como quitasoles, apareció ondulante, agitándose sobre la línea quebrada que limita el borde de la meseta y destacándose neta sobre el fondo verde-obscuro del arbolado circundante, á treinta pasos de nosotros.

Bajo aquellos sombreros sucios, de forma imposible, distinguimos caras de betún, bustos bronceados ó color de chocolate, barbas incultas, y flotantes cabelleras en alguno que otro individuo blanco-trigueño, de un origen dudoso, pero siempre dominando en ellos el color cetrino.

Zambos y mulatos, la gente de cruza, figuraban en proporción no escasa, como núcleo de la contraria y aventurera hueste.

De los ojos saltones y sanguinolentos de aquellos rostros obscuros, salían á modo de chispazos miradas centellantes; sus bocas lan-

(1) «Jimaguas», quiere decir: gemelos ó mellizos.

zaban aullidos formidables, gritos de muerte; y en medio de aquella barahunda, por sobre la masa sombría que avanzaba impetuosa, con bramidos de ola arrolladora, brillaban en alto los filosos machetes manejados por manos vigorosas.

Era un espectáculo imponente.

La negrada «cimarrona», verdadera horda africana, nos trajo una carga rápida y á fondo con una decisión y un empuje bravíos, dignos de mejor suerte. El momento era tremendo; pero al que tiene fibra y garrones no le asustan visajes ni garambainas, y entre nosotros nadie se encogió.

Sin que esto sea jactancia, puedo decir, que poseíamos las grandes cualidades que forman el nervio de los ejércitos regulares: unidad de miras y de acción, subordinación y disciplina, y más que el desordenado ataque del contrario y su inútil vocerío, era amenazador nuestro silencio.

Por eso, ni un minuto tardó en cambiar la decoración.

A nuestra retaguardia una voz clara, metálica y breve gritó: «¡Fuego!».

Sonó una terrible descarga que cubrió de humo nuestro frente y de cádaveres el borde de la meseta. Luego la misma voz tranquila y reposada, voz de mando, continuó ordenando:

«¡Fuego!» «¡Fuego á discreción!».

Tronó de nuevo nuestra cóncava línea con otra unísona descarga, y después graneado, certero y ensordecedor, siguió el chisporroteo incesante de nuestra fusilería con una violencia inaudita.

Aquello era un volcán, y en pocos minutos barrimos á balazos cuanto abarcaba nuestro campo de mira, anonadando á nuestros desgraciados enemigos.

Algunos «mambises», intentando un último esfuerzo se lanzaron, y desesperados, á cuerpo perdido, cayeron sobre el centro de nuestra línea para conmoverla ó romperla, pero allí fueron deshechos á la bayoneta, el arma formidable de nuestros infantes cuya sabia esgrima tanto renombre ha dado á nuestra «valerosa», si llamada por unos «carne de cañón», llamada también por otros, con justicia, «la reina de las batallas».

Serían entonces las 4 p. m., y rechazado este ataque, en menos de tres cuartos de hora volvimos á sufrir de nuestros adversarios dos nuevos y furiosos asaltos que resistimos igualmente quedando victoriosos en toda la línea, porque como estábamos á la defensiva y bien parapetados, y avanzando ellos á pecho descubierto, había llegado el turno de ser nosotros los que tirásemos sobre seguro, rectificando á cada paso el alza del tiro y apuntando cómodamente al montón, como quien caza patos en una laguna.

El enemigo tan duramente castigado buscó entonces por medio de fuegos rápidos y rasantes, y por descargas cerradas bastante bien dirigidas, el desalojarnos de las alturas arboladas y de la cresta occidental del barranco donde nos habíamos hecho fuertes; mas resultaron vanos sus repetidos esfuerzos para conseguirlo.

El combate duró así toda la tarde bajo un sol de fuego, exponiéndonos á pillar una «siriasis», es decir, una insolación que nos hiciese liar el petate para el otro mundo, tan presto como el «vómito negro» ó las cónicas de plomo, «explosivas», con que nos obsequiaban nuestros implacables enemigos.

Entretanto el día declinaba, era preciso concluir, y digno remate á tan encarnizada lucha fué, como de costumbre, la bayoneta la que dió el golpe de gracia á los porfiados insurrectos en una brillante y postrera carga.

De asaltados nos convertimos en asaltantes con verdadero éxito para nuestras armas.

En ocasión en que el fuego del enemigo era algo intermitente, quizá por habérsele concluído el repuesto de municiones, vi al capitán ayudante Perrís, hijo de un valiente oficial de cazadores en la Guerra de Africa, llevando órdenes á los diferentes puntos de nuestra línea, y en virtud de ellas, á los pocos momentos, el capitán Rey, comandante de mi compañía, nos impartía la de armar las de «cuatro filos», que una

vez caladas en el cañón de nuestros fusiles, como una amenaza al pertinaz contendor, despidieron siniestros reflejos al ser heridas por los oblicuos rayos del sol poniente.

Hubo un movimiento de concentración en nuestra segunda línea, de la que se sacó alguna fuerza para aumentar el efectivo de la primera, que iba á cargar, y redobló la intensidad del fuego que aquélla hacía preparando nuestro ataque, al mismo tiempo que en la altura do estaba situada, servía de custodia al convoy.

De pronto, todas nuestras cornetas con ecos agudos, precipitados y vibrantes haciendo oir su entusiasta armonía guerrera, tocaron « á la carga », y dada la señal, nos lanzamos á la carrera cuesta abajo, pasamos con vertiginosa rapidez el barranco, festoneado en sus bordes por gruesas y altas espadañas de un color verde-obscuro muy subido, y salvando después las asperezas del terreno, moteado á trechos con espesos florones de espartillos, nos echamos sobre el enemigo, ya desconcertado por nuestro certero fuego, con un vigor irresistible.

No me creo yo más valiente ni más cobarde que otro hombre cualquiera ; pero, es lo cierto, que uno experimenta un cosquilleo de desasosiego, una sensación inexplicable, por no decir, muy desagradable al correr así, como un loco, entre el polvo y el humo que forman densa nube sobre los combatientes, hacia otra nube lejana

que vomita rayos, surcada de relámpagos rojos, oyendo el áspero silbido de las balas, gritos de furor, ayes y juramentos, mezclados á los ecos sonoros de cornetas y al estruendo de las armas para estrellarse contra una posición fortificada ó penetrar, bajo un fuego infernal, en el corazón de la «manigua».

Como el que apura una pócima para pasar el trago de una vez, uno quisiera llegar ligero, muy ligero, al choque cuerpo á cuerpo con el adversario, estar encima de él pronto; pero también, aun en medio del entusiasmo del combate y de sus arranques irreflexivos, uno no pierde el tino y recuerda que es tropa de línea, recuerda que es necesario vencer ó morir por la patria, por la patria querida y lejana, y entonces vienen á la mente los consejos, las recomendaciones de los jefes y oficiales, las disposiciones teóricas que uno debe poner en práctica en el campo de la acción, como lo hacía en el de maniobras, y se siente la necesidad de no desgranarse en el avance, sin preocuparse de si el compañero de uno y otro lado hacen buena continencia, y que es preciso conservar el tacto de codos y cerrar los claros en las filas para mantener esa unidad sólida que hace irresistible el ataque de toda fuerza bien organizada.

Por eso, los doscientos diez hombres que fogosamente y con un conjunto admirable cargamos allí como una tabla, al llegar sobre el ene-

migo dimos sobre él como una maza, atontándolo en el choque y llevándolo por delante á pesar de su cuádruple número.

En esos momentos fué cuando experimentamos las pérdidas más numerosas y sensibles de la jornada, pues como siempre, en tan brillante carga, iban al frente nuestros bravos oficiales.

A poco de iniciado nuestro avance, caía herido de bala en el costado derecho del cuerpo el teniente Quintana, siendo, por suerte, leve su herida.

El capitán Rey recibió también una herida contusa en el hombro izquierdo, mas no por eso abandonó su puesto. Muy al contrario; viendo que por nuestro flanco derecho un grupo numeroso de enemigos peleando con brío, preparaba inesperado contraataque, amenazando, al correrse así, cortar nuestra línea de retirada, acudió á prevenirlo y nos gritó, recogiendo el fusil de un soldado que acababa de caer y abalanzándose al encuentro de aquéllos:

«Vamos, muchachos, ¡ á la bayoneta !

«Si es preciso morir aquí, hagámoslo por el honor de la bandera y vendamos caras nuestras vidas.

«¡ Adelante ! ¡Viva España !».

Dandonos cuenta del peligro, ciegos de ira, despertado en nosotros por la exaltación del combate y el instinto de la propia conservación, ese otro instinto carnicero que se llama « el

amor á la destrucción», dimos frente á la derecha y repitiendo en unísono coro el mágico grito de nuestro jefe, arremetimos con el arma en ristre y la cabeza baja, no tardando en confundirnos con el grueso de los insurrectos.

El encuentro fué terrible y duró breves instantes, cruzándose bayonetas y machetes que quedaron tintos en sangre; pero dominada la audacia del contrario y su tenaz resistencia por nuestra táctica de combate y nuestra energía moral á toda prueba, secundada por el esfuerzo del brazo, pronto se dió al desbande, poniéndose á salvo á través del bosque y dejando en su huída vergonzosa el campo sembrado de muertos y heridos y armas abandonadas.

En el centro y á nuestra izquierda el choque fué igualmente rudo, la lucha obstinada; mas también fué igual el resultado.

El ayudante Perrís, que con el teniente Poch mandaba nuestra ala izquierda, tuvo muerto de varios balazos el caballo zaino que montaba, resultando al caer éste, con una contusión en el codo del brazo derecho, y en el centro tuvimos la dolorosa pérdida del segundo teniente señor Martín, que se condujo allí como un héroe, pues fué de los primeros en lanzarse espada en mano sobre el enemigo, dando muerte en combate singular á un cabecilla de los contrarios, el titutado capitán Robledo.

A la memoria me viene y aún me parece es-

tar viendo el rostro pálido y fino, adornado de un poblado bigote rubio; la figura esbelta y distinguida de aquel brillante oficial de mirar fuerte y de aspecto enérgico y resuelto, á pesar de su contextura aparentemente endeble.

Apenas había ejecutado aquella hazaña, y cuando el bravo mozo, animando á los suyos al grito de ¡Viva España! iba á penetrar en la «manigua», al frente de su sección, cayó como fulminado por un rayo, de un balazo en la cabeza.

Pero, el capitán Corbalán estaba allí. «¡Adelante los de la Albuera!», gritó poniéndose al frente de su tropa, y al son vertiginoso de las cornetas tocando «ataque» que por todas partes se alzaba marcial y vibrante, arrastrándonos en pos de sí con un entusiamo indescriptible, unos y otros, centro y alas, llegamos al claro escondido en lo profundo del bosque, penetrando en él por varios puntos á la vez y á poco dábamos fuego á la «ranchería», compuesta de unos quince bohíos ó chozas de «guano» (pencas de palma) y «jarey» (filamentos de la hoja de palma) que en ese sitio y sin plan regular alguno, se alzaban aquí y allá, á la sombra de «maugles» y «mameyes», entre «júcaros», «peralejos» y «palmas canas», teniendo en torno un pequeño plantío de «ñame» y maíz.

Por las sendas escabrosas y desde la orilla del monte, huían los insurrectos ante nosotros,

pero en aquella especie de campo atrincherado, en el fondo de la «manigua», con hierbas y matas de más altura que la de un hombre á caballo, y bajo la bóveda sombría de la selva, nos esperaron otra vez los muy ladinos, al igual que cuadrilla de zorros que han ganado su agujero en el seno de la tierra y hacen frente para defenderlo.

Y, como á los zorros, hubo que darles «humazo».

Por supuesto que nuestro avance hasta allí, combatiendo siempre, no nos fué fácil.

Lo accidentado del terreno, el entrelazamiento de las lianas y las cambroneras y los matorrales espinosos, dificultaban la persecución.

Sólo podíamos avanzar encorvados, mientras recibíamos recios golpes de las ramas bajas que apartadas violentamente al volver á su posición natural, nos daban «cujazos» como si fueran chicotes que nos hirieran en el rostro, ó pinchazos de la zarzas que nos desgarraban la piel, ya en las manos, ya en los brazos, ó ya en las mal resguardadas pantorrillas.

Pero, al fin, el enemigo abandonó su último refugio y quedamos dueños del campo.

Los insurrectos dejaron en nuestro poder 76 cadáveres y 29 heridos, casi todos graves habiéndose llevado otros muchos, cuyo número no puedo precisar, pero que seguramente pasaban de 150, incluyendo los contusos.

Además dejaron catorce caballos enjaezados, dos mulas cargadas con municiones, unos tres mil cartuchos á bala, de diferentes calibres, una caja con cartuchos de « dinamita », dos rollos alambre galvanizado y 2 «bobinas» ó carretes de lo mismo para comunicaciones eléctricas, disparo de minas, pedreras, etc., y por último un gran número de armas portátiles, blancas y de fuego. Éstas, si bien modernas, eran de tan variados sistemas que constituían algo así como el mostruario de un museo de armas.

Encontramos allí carabinas Berdán y winchester y fusiles Enfield, Martiny-Henry, Peabode, Rémington, calibre 11 milímetros y Mauser reformados, modelo de 1881, de la fábrica de Karl Lorenz de Carlsruhe.

Los fusiles y carabinas tomados en buen estado sumaban en junto 47 y más de una veintena los grandes machetes que fueron recogidos en el sitio donde fuera más reñida la acción.

Buen botín era aquel para nosotros y ruda represión al contrario alzado contra la integridad de la nación.

En aquella verdadera batalla de siete horas de continua lucha, los que pelearon mejor en la « truyada » de mambises que se nos puso al frente, fueron, sin disputa, los « muleques», que como los más jóvenes y de sangre más ardiente y muy ágiles para la acometida, pare-

cían estar entusiasmados con nuestra segura destrucción; mas si pensaron menearnos el « guarapo », como ellos dicen, salieron burlados en su anhelo porque fuimos nosotros los que les dimos la « beligerancia », ó lo que es lo mismo, la gran tunda.

Naturalmente, siempre cuesta el sacar las castañas del fuego cuando uno las saca por su propia mano, y por nuestra parte tuvimos las siguientes pérdidas:

Un oficial, un sargento, dos cabos, y once soldados muertos; dos oficiales, un sargento, un cabo y diez y nueve soldados heridos; un oficial y cinco soldados contusos.

Entre estos últimos encontrábamosnos el sargento Peláez y yo, que, afortunadamente para mí, sólo saqué de la sangrienta refriega un ligero rasguño en el antebrazo izquierdo, herida muy leve de refilón, producida por el machete de un mambí cuyos golpes paré como pude y á quien, después de breve lucha, tendí á mis pies atravesándole el cuerpo de un bayonetazo.

El valiente Peláez estaba peor que yo. Además de un tajo en la nuca, poco profundo, había recibido un feroz culatazo sobre el temporal derecho y parte del frontal, que no se cómo no le dejó en el sitio.

La parte alcanzada por el golpe en la ceja y el pómulo, que enormemente hinchados por la contusión hacían desaparecer, casi por com-

pleto, el ojo de ese lado, había tomado rápidamente tintes negros y violáceos, imprimiendo á su rostro una expresión tan cómica que hubiera hecho reir á cualquiera en circunstancia que fuera menos grave que aquella. Con su ojo sano, centellante de ira, lanzaba en torno suyo miradas feroces, y entre votos y juramentos se jactaba de que la sangre que manchaba sus armas y su guerrera no era toda de él, pues había bajado á tiros á más de cuatro de aquellos perros haciéndoles pagar caro « los vidrios rotos ».

Además de las pérdidas mencionadas, notóse pronto que dos hombres de la columna habían desaparecido. Eran estos nuestro guía Cailocolo Bata, (a) « el jíbaro »; y un mestizo de la guerrilla llamado Trujillo, práctico también del Camagüey.

Nos habían jugado una « maturranga ».

En todas partes hay traidores y espías, y siempre tuve yo la sospecha de que el guía negro, como cubano y favoreciendo á los de su raza, nos había metido en aquel atolladero, del que quién sabe cómo saldríamos y, aunque no se comprobó esto nunca, juraría que no lo hubiese pasado muy bien si llega á ponerse al alcance de nuestro jefe después de lo ocurrido.

A las 7 p. m. resonaron los últimos tiros, y minutos después todo había concluído. Con la desaparición del astro solar coincidió la del ene-

migo; obscureciendo aquel lugar abrupto, testigo de su derrota, cayeron las primeras sombras de la noche, sucediéndose el cambio de la luz á la obscuridad con la rapidez peculiar á las tardes sin crepúsculo de la región de los trópicos y sólo oyóse, alguna que otra vez, el grito del «baracutey», huraño y taciturno, despidiéndose del día antes de entregarse al reposo en el seno inmenso de la selva.

Doloroso y trágico espectáculo es siempre el final de un combate, y más cuando como en el que acabábamos de sostener, es encarnizado, pues, por las pérdidas que he apuntado, se comprenderá cuán cara habíamos comprado la victoria.

Lo primero que hicimos fué sepultar nuestros muertos y retirar nuestros heridos, á quienes hicieron la primera cura el médico y el practicante de la columna que solícitos se multiplicaban tratando de aliviarlos en su desgracia.

Triste fué el desfile de nuestros heridos.

Causaba penosa impresión esta escena, pero en la sucesión de aventuras y peligros, en los sangrientos episodios que ofrece á diario la guerra, poco á poco se insensibiliza el soldado olvidándose pronto recuerdos importunos; y cumplido el piadoso deber de enterrar nuestros muertos, practicada la primera cura de los heridos, pensamos los restantes, los que por milagro habíamos salido ilesos ó poco menos, en

restaurar las perdidas fuerzas echando algo en nuestro desfallecido estómago, que bien lo habíamos menester.

II

Después del combate, mala noche teníamos en perspectiva, en la espesura en que estábamos metidos, y juzgando peligrosa nuestra posición, expuestos si quedábamos allí, á una sorpresa, ordenó acertadamente el comandante Pieltain, nuestro repliegue á las alturas donde tuviera lugar la aparición del enemigo y donde, atrincherada, nos esperaba el resto de la fuerza con el convoy.

En ella nos preparamos á pasar la noche, que ya cerraba bastante obscura, imposibilitados por esta circunstancia de continuar la marcha, y también por el número de heridos que había que atender y la necesidad de reposo y de comer que tenía la gente toda.

Señalado el sitio del campamento, no tardaron en arder los palos de «jiquí» en los grandes fuegos del vivac, en torno de los cuales, nuestra tropa, ya alegre y despreocupada, comentó largo rato los momentos angustiosos y las peripecias del reciente combate.

Luego, se tocó á rancho, y de nuestros morrales y «jolongos» salieron las provisiones de costumbre.

Una vez más en aquella aperreada vida en terreno enemigo, volvimos al caldo flaco, al arroz con patatas y á la tradicional y durísima galleta; por postre un poco de « cacalote »; después, café y un trago de aguardiente de caña, y concluída nuestra modesta cena, establecida la gran guardia á distancia conveniente y colocados nuestros centinelas avanzados, nosotros, maltrechos por cinco horas de marcha y siete de pelea, nos tumbamos sobre el duro suelo, rindiendo el molido cuerpo al imperio irresistible del sueño sin pensar más en fatigas ni en peligros.

¿Qué nos importaban unas y otros si teníamos la gloria de brillantísimo combate?

Como lo temíamos, nuestro descanso no fué de larga duración.

A media noche despertamos sobresaltados por repetidos disparos que en dirección del Norte resonaban en nuestras avanzadas. De un salto estuvimos en pie, arrojándonos sobre nuestras armas en pabellones, para acudir donde se nos ordenase y creyendo en un ataque serio por parte del enemigo que quizá intentaba una sorpresa volviendo, en la noche, á la ofensiva.

Pero, pronto cesó la alarma.

Nuestros centinelas, apoyados prontamente por la gran guardia, habían rechazado una intentona de alguna gente enemiga, que pretendía, sin duda, hacer un reconocimiento de nuestra situación.

También, disparando en otras direcciones ahuyentaron á tiros á algunos merodeadores nocturnos, esos eternos buitres que nunca faltan en los campos de batalla.

A poco, sin hacer caso de uno que otro tiro aislado, nos entregábamos de nuevo al sueño.

Percance de otro género nos lo interrumpió otra vez.

Teníamos sol en «Libra» y luna en cuarto creciente y.... en agua.

Después de media noche encapotóse el cielo con la presteza con que suele hacerlo en aquel país en la estación de las lluvias.

Con la luz de las últimas estrellas extinguióse el vivo fulgurar de la constelación del «León», y apagadas en esa hora nuestras hogueras, reinó en nuestro campamento la obscuridad más profunda.

A las dos de la mañana, aquel nublado se tradujo en una lluvia torrencial de las que he visto y sufrido muchas en aquella campaña.

Por fortuna, el golpe de agua que nos cayó encima, verdaderamente diluviano, pues como vulgarmente se dice «llovía á cántaros», no fué de mucha duración; pero como para preservarnos de él sólo teníamos nuestras exiguas mantas, llegó á calarnos hasta los huesos dejando nuestros efectos y provisiones hechos una sopa.

Esto ya nos impidió el dormir del todo, causándonos, por de contado, el desagrado y reniegos consiguientes.

Eran estos percances, gajes de la vida del soldado en operaciones y delicias del clima en la gran Antilla, que es muy rica, pero en la que muchas cosas se pudren pronto, menos la mala hierba que ayuda á la insurrección; tierra donde cada arañón se agranda y se pasma al menor descuido, y donde cada herida se vuelve á poco una úlcera.

¡Al diablo! No hay que jurar para que se nos crea, que hemos pasado la de Caín y más de una apretura y dolores de cabeza, en esa interminable é infame guerra de Cuba, con las penalidades y sacrificios que una vida de continua movilidad y perpetua lucha imponen al soldado, sobre todo por la dificultad que existe en hallar rápidas comunicaciones cuando uno opera en el interior de la Isla y cuando, como lo estábamos nosotros en aquel combate, se está en la estación de las lluvias, en cuya época interrumpen los pasos y destruyen los caminos las continuas arroyadas.

Y en la acción que os llevo referida podíamos darnos por satisfechos de poder acostarnos en la vertiente de la áspera colina, sobre la loma ó en el húmedo suelo de la «manigua» sufriendo el relente de la noche ó un aguacero, y teniendo por techo un cielo nublado, después de haber comido mal y á prisa y fumado un tabaco, aunque éste fuera un «jorro» con «vena» del que había que tirar, chupando hasta perder el

aliento; y, por último, gracias á Dios el no haber sido «copados» en aquel día, porque según cálculos de los inteligentes en la materia, las partidas que nos atacaron, rodeándonos por todos lados, sumaban más de 1,200 hombres, bien armados, á órdenes de Salvador Cisneros, Miguel Betancourt, López Recio, Rodríguez y otros cabecillas.

Sin que nuestro templado ánimo desmayase un solo instante, aguardábamos impacientes el nuevo día, y no sabiendo lo que para nosotros reservaba el porvenir en su misterio impenetrable, nos disponíamos á nuevos sacrificios.

No hay que escatimar éstos en Cuba. Quizás si no éramos víctimas de su clima, del aliento mefítico de sus «ciénagas», lo seríamos de alguna explosión de «dinamita», de alguna bala traidora, disparada por enemigo artero en emboscada, cayendo obscuramente en los brazos descarnados de la muerte, «el buen fantasma de los ojos hueros» como le llama Richepín, poniendo así término repentino á nuestras esperanzas, á nuestros ensueños de gloria y á las penalidades de nuestra azarosa carrera.

En aquella noche de perros consolábanos un tanto la idea de que nuestros enemigos no la pasarían mejor que nosotros y que si, por nuestra parte, en aquellas aciagas horas extrañábamos lamentablemente las espléndidas «juergas» corridas en el Hermitache y los «tangos»

de Capellanes, en la Habana, muchos de los aventureros americanos, filibusteros más desalmados que sus compinches negros, con quienes acampaban en lomas y maniguazos, y que bien se distinguían, matizando la masa de sus estúpidos camaradas, por la maraña de sus rojos cabellos y su rostro pecoso, amoratado y purpúreo á fuerza de «droguis», echarían de menos también: el *confort* del «Rheinstron-Home» ó del «Old Home Still» de Nueva York y sus cotidianos: «Planet Gin» y «Brandy and Soda».

Al amanecer del siguiente día, vuelta á las andadas, es decir, vuelta á los insurrectos. Era cosa de nunca acabar con aquellos «lampusos».

Apenas las primeras luces del alba se extendían por el horizonte del Este, y cuando la columna tomaba con el mayor silencio y en formación de combate, cubriendo el convoy, sus disposiciones de marcha, algunos grupos enemigos se acercaron á nuestra posición disimulándose á favor de las altas hierbas y espesos matorrales del contorno, viniendo á tirotearnos audazmente á poco más de ciento cincuenta pasos de distancia.

A una orden del jefe la columna se preparó rápidamente á todo evento.

Cargamos con rabia nuestros fusiles y, exasperados, adelantamos dispuestos á escarmentar á la negrada enemiga que parecía no tener bas-

tante con el varapalo que había recibido el día anterior, en el que dos de sus cabecillas habían estirado la pata quedando herido el cabecilla matancero Fernando Arango, titulado comandante del «Ejército Libertador».

Mientras hacíamos marchar el convoy y los heridos, una vez que amenazamos cargar al arma blanca, después de un corto tiroteo, el enemigo se retiró desapareciendo de nuestra vista.

El comandante Pieltain ordenó entonces fuese contenido por descargas de pelotón y fuego en retirada por escalones si reaparecía en nuestro seguimiento, y continuamos nuestra marcha moviéndonos lentamente al Sudeste, en tanto que nuestros flanqueadores de la izquierda orillando la «manigua» sostenían algún fuego, con los insurrectos que se mostraban entre los matorrales al extremo de aquélla, molestando nuestro avance.

Dos horas después alcanzábamos el camino de «Guaymaro» á Cascorro, por el que llegamos á este último poblado sin más novedad que la de sostener un pequeño combate de retaguardia en el que tomaron parte una de nuestras secciones al mando del capitán Corbalán y los guerrilleros de «Puerto Príncipe» al mando del teniente Alvarez.

Asimismo, aún nos hicieron en ese día, á la altura del punto llamado «Minas de Juan Rodríguez» cinco bajas (dos muertos y tres heridos)

matándonos también dos ó tres mulas del convoy. Esto nos hizo perder algún tiempo, en el transporte de la carga que aquéllas llevaban á otros animales, los cuales muy recargados ya, marcharon aún más despacio que lo que lo habían hecho hasta allí.

Fuimos felicitados por el jefe del punto, por la escapada que habíamos hecho, al llegar á Cascorro con todo el convoy salvo y el armamento tomado al enemigo, castigado de paso como se merecía, y tal es narrado fielmente, según mis recuerdos, el reñido combate de «Jimaguas», donde tuve la gloria de hallarme, donde muchos compañeros dejaron el pellejo, peleando como buenos, y donde otros que tuvimos más suerte salvamos, conquistando los más distinguidos y más bravos la laureada de «San Fernando», el más alto premio al valor militar.

Por lo que dejo contado, os daréis cuenta qué clase de tropa es la nuestra, á la que nunca han acobardado los más rudos reveses ni han asustado las madagañas de una intervención extranjera y otras zarandajas con que nos han amenazado siempre unos *Estados* muy grandes que están *Unidos*, allá por el Norte de nuestra, por ellos codiciada, posesión antillana.

Sobrios, abnegados, desprendidos y valientes, nuestros soldados de cazadores é infantería de línea, como los de todas las demás armas, en 1895 y hoy mismo no han desmentido ni su fama

ni su heroico origen; es decir, que unos y otros son el mismo guerrero que tan bien nos describe el ilustre general Gómez de Arteche, en su importante obra titulada: « El Soldado Español de XX Siglos ».

El mismo de los famosos tercios de Flandes y de las Coronelias de Italia, el batallador incansable en el suelo ardiente del Africa, en el mortífero de las Antillas y en el lejano Archipiélago Filipino.

Digno heredero de la brillante tradición de sus antepasados, está siempre dispuesto á morir por la patria bajo los pliegues de la gloriosa bandera roja y gualda, y parodiando el emblema que recuerda al pie de un monumento en Roma, la virtud y el sacrificio valeroso de Cayo Mucio Scévola ante el bárbaro Pórsena, podría decirse de los soldados españoles que hoy pelean en Cuba:

«¡Es propio de un ibero, el obrar y sufrir con fortaleza!»

Quizás haya que dar la autonomía á la Isla; haya que mejorar su administración, que repartir con más equidad los empleos públicos; establecer, en fin, serias reformas, pero la causa justa de la integridad nacional, está en buenas manos. Gente noble y valerosa la defiende! Con tales soldados se va lejos y... ¡España vencerá!

Así terminó su verídico relato Perico Valiente, el bravo y eterno voluntario de todas las guerras, que modestamente se confunde siempre en el inmenso anónimo del cuerpo de los batallones, raso soldado de sus filas, sin decir nunca cuán importante es la parte activa que toma en cruentas batallas, derramando su sangre generosa en defensa de la honra de la patria.

Y disuelto el numeroso corro que junto al pilón de la fuente, á la entrada de la aldea natal, atento le escuchara la narración de aquella acción gloriosa, mientras le veía alejarse por la carretera, fiel remedo de una abnegación desconocida, encarnación viviente de aquellos que, cual si todos llevaran su apellido, marchan á los combates y triunfan ó no regresan, quedéme yo pensando que esa nación guerrera que se llama España, cuya historia, desde los más remotos tiempos, está llena de hechos heroicos y de nombres gloriosos, y que hoy desarrolla tan asombrosas energías, demostrando una vitalidad de «potencia de primer orden», debiera premiar con largueza la intrepidez y el heroísmo de sus hijos, para que al verla siempre magnánima, grande y generosa con aquellos que, defendiéndola, destrozara la metralla ó contrajeron mortal enfermedad, uno no pueda repetir con Garrett:

"....Y la patria por quien tanto han hecho, ¿qué digno premio les ha dado?"

Montevideo, Octubre 20 de 1896.

LOS BRAVOS DEL 88.º

EPISODIO HISTÓRICO DE LA GUERRA DE 1870

LOS BRAVOS DEL 88.º

« Narro de bello praeclaré gesta Gallorum ».

I

Hacía ocho días que el ejército francés mandado por el mariscal Mac-Mahon, había emprendido aquella malhadada marcha al Norte, por la cuenca del Aisne, buscando un apoyo en las plazas fuertes cercanas á la frontera belga para tentar su unión con el ejército del Rhin, puesto bajo las inmediatas órdenes del mariscal Bazaine.

El ejército formado á toda prisa en el Campo de Mourmelorn, en Chalons, extrañando que no se esperase en aquella posición ventajosa, que cubría á París, al enemigo, había abandonado como con desgano las desnudas y polvorientas llanuras de la Champaña, aquellos famosos Campos Cathaláunicos que ilustraran con insigne proeza los francos de Meroveo, sus valientes antepasados, en los que, como contra

una muralla viviente, vinieron á estrellarse Atila y sus Hunos, y su comando superior, como siempre desacertado, desdeñaba ocupar fuertemente el interior y los pasos de la inextricable selva de l'Argonne, en los Ardennes, donde en tiempos más gloriosos, el genio y la actividad de Dumouriez y la intrepidez de Kellerman, habían salvado á la Francia de la invasión, peleando por la República.

La marcha del ejército era dificultosa por el mal tiempo reinante; era indecisa por lo contrario de las órdenes que se recibían del Estado Mayor General subordinado en mucho á los caprichos del gabinete que en París presidía el general Cousin de Montaubán, conde de Palikao, y como marcha de flanco era peligrosísima, pues el ejército, espaciado en columnas á grandes distancias y llevando una numerosa impedimenta de carros de municiones, víveres y bagajes, se exponía á un revés si el enemigo aparecía de improviso sobre su ala derecha ó por su retaguardia.

Las tropas iban fatigadas por el mal estado de los caminos y lo largo de las etapas á recorrer en cada jornada, teniendo, en general, que forzar la marcha todo lo que podían.

Aquella especie de retirada continua era desmoralizadora, algo como un peligro flotaba invisible en torno del ejército; se sentía cerca al enemigo; las falsas alarmas nocturnas eran

frecuentes, parecía rehuirse el encuentro de una gran batalla, y al oído del soldado, que ya empezaba á desconfiar de la habilidad de sus jefes, sólo llegaba como un inmenso rumor, como un cañoneo lejano, el estruendo de las grandes victorias que el contrario había conseguido.

Las armas germanas centelleaban ya en los caminos de la Antigua Galia, despidiendo metálicos reflejos. Su hueste invasora cubría con innúmera gente los campos de la Alsacia y la Lorena, las alturas de los Vosgos, los fértiles valles del Mossela y de la Meuse, y la silueta obscura de los audaces hulanos, espías de todas horas, ojo escudriñador que á su vanguardia llevaba el ejército alemán y espesa nube de ligeros jinetes que como cortina impenetrable se lanzaba adelante cubriendo todos sus movimientos, se destacaba neta sobre el fondo gris-azulado del horizonte, allá arriba de las colinas; corría con velocidad pasmosa sobre el verdor amarillento de las llanuras, ó de continuo, como visión siniestra, se mostraba un instante al borde de un arroyo y rápida aparecía y desaparecía en el lindero sombrío de los bosques.

Aquellas turmas exploradoras como lobos hambrientos sobre la pista, husmeaban al enemigo, picaban su retaguardia y escaramuceaban amagando su flanco con esa insistencia del que trata no se le escape la presa y sólo espera estar en número para llevarle el ataque.

Era, en fin, su presencia funesto augurio de próximos combates.

Creyendo ir á Montmedy y á Thionville en busca de una corporación que era imposible desde que como consecuencia de la batalla del 18 de Agosto en las Líneas de Amanviliers, Bazaine había sido encerrado en el campo atrincherado y plaza fuerte de Metz, el ejército francés iba á Sedán.

Si, iba á Sedán, que estaba muy lejos de ser una gran plaza de guerra para después de debatirse durante dos días en los espasmos de una resistencia desesperada sin poder romper el círculo de hierro que le abogaba, deponer las armas y aceptar las humillantes condiciones del altanero vencedor.

El emperador Napoleón, que en interés de su dinastía y sin medir responsabilidades, había declarado con necio orgullo una guerra desatentada, cayendo en el lazo que astutamente le tendiera la Prusia, en la hora del peligro, en la hora del combate y del sacrificio, con un egoísmo feroz, mirando sólo por su persona imperial y olvidando toda dignidad, al sentir el silbido de las balas prusianas rinde cobardemente su espada, y el rey Guillermo, supremo y afortunado jefe de aquella formidable masa de guerreros teutones, sentado en lo más alto de la cumbre de la Marphé desde donde dominaba aquel inmenso panorama teatro de incalculable

batalla, como el Jano antiguo presidiendo una hecatombe de millares de víctimas sacrificadas en holocausto á los furores de los poderosos, pudo repetir al parlamentario francés, general de Reylle, que reclamaba contra las condiciones de vergonzosa capitulación, lo que el bárbaro Breno á los enviados para el rescate de Roma «¡Vœ victis!» ¡Ay de los vencidos!

La jornada de Beaumont que, como de costumbre, empezó para los franceses por una sorpresa, fué sólo el sangriento prólogo de la catástrofe que llegaba fatal, inevitable.

La inepcia de De Failly en aquel día aciago para el 5.º cuerpo del ejército francés, no hizo más que apresurarla.

Estaba escrito que por segunda vez en el presente siglo, las negras águilas de la Prusia, rampantes sobre vasto campo enemigo, desgarrasen el pabellón de la Francia y que las bayonetas germanas arrojasen de su trono á otro Bonaparte, manchado también por todos los crímenes del despotismo.

Como en 1815, Napoleón I el Grande, en 1870 Napoleón III el Chico, cayó envuelto en la vorágine de su derrota, sin poderse explicar uno cómo pudo durar tanto tiempo sobre su carcomido andamiaje imperialista, lleno de oropeles, el segundo de estos soberanos que no tenía en su activo la aureola gloriosa que con su genio militar, su valor y su energía se conquistara el

primero, llamado justamente el Gran Capitán del siglo.

Hay un abismo entre el hombre del 18 de Brumario y el del 2 de Diciembre, entre el osado debelador de naciones y testas coronadas que siempre á caballo y espada en mano rayaba y reformaba á su capricho el mapa de la Europa, y el mezquino agitador de Strassburgo; entre el centauro triunfador de Marengo y el tritón descarado de Boulogne; entre el altivo prisionero de Santa Helena víctima de la fe púnica inglesa, y el apocado cautivo de Wilhelmshöhe.

Hay un abismo entre Waterloo y Sedán; pero, el resultado fué el mismo en cuanto á la caída de un Imperio en la nación francesa. No lo fué en cuanto al nuevo estado de las cosas y forma de gobierno. Blucher y Wéllington trajeron la restauración monárquica. Bismarck y Moltke, sin quererlo, trajeron la República.

Después del desastre pavoroso de Sedán, el Imperio debía caer, y cayó desmoronándose como un castillo de naipes que el más leve soplo puede derribar.

La República, símbolo de la nueva vida, surgió de aquel caos, y la Francia entera, dígase lo que se diga en contrario, la acogió con entusiasmo indescriptible, como la única fuente de donde recibiría salud para librarse por siempre del régimen cesarino, del régimen despótico, corrompido y corruptor que la aniquilaba hacía

veinte años y devolverse á la posesión de sí misma entrando decididamente en el camino de su regeneración política y social.

La cura por el fuego fué horriblemente dolorosa, pero el mal era también horrible. En los momentos angustiosos en que nació la República del 4 de Septiembre, ésta debió continuar con sus solas fuerzas la lucha contra la insolencia del vencedor, y hay que hacer plena justicia á su bisoño ejército de última hora, improvisado por la febril energía de Gambetta, que sin cuadros que lo dirigiesen, supo pelear durante cinco largos meses y en medio de un crudo invierno, sin desmayar un solo instante, mientras tuvo fuerzas para que la espada no cayese de sus manos, demostrando así al mundo, cuya simpatía lo acompañaba en su desgracia, que sobre las ruinas de la Francia del segundo Imperio, se alzaba otra Francia regenerada, la cual, como la hora de las generosidades ha pasado, fuerte por su derecho, fuerte por su libertad, ha de dar que sentir un día á la Alemania, la Francia de la Revancha.

Es cierto que la Francia batida y despojada en 1870, cayó muy bajo. En menos de dos meses perdió sus ejércitos regulares formados de tropas aguerridas en Africa, en Crimea, en Italia, en China y en Méjico, y junto con ellos perdió la famosa plaza virgen, capital de la Lotharingia.

Pudo, pues, la Alemania festejar su triunfo con guturales y salvajes ¡hurras! de victoria, al subir sus disciplinados batallones á los calvarios de Illy y de Saint-Privat, tremolando al viento entre el humo del combate sus estandartes gloriosos y hollando bajo sus pies centenares de cadáveres franceses, mutilados por la metralla de sus cañones; pudo celebrar su unidad con religioso y penetrante himno, entonando sus rudos soldados la plegaria del primer acto de «Lohengrin», de Wagner, al darse en Versailles un Emperador: pero, malo es representar el papel de César y sus legiones, aunque se venza en Vercingetorix, y más malo aún, el pretender iluminar la frente de un pueblo con los resplandores del incendio de otro pueblo.

Los triunfos de la espada son efímeros, y el humo de los incendios empaña el brillo de la más pura gloria.

La Alemania, que según declaración propia, hacía la guerra al emperador y no al pueblo francés, debió ser más generosa con la nación vencida; debió asegurar su poderío proponiendo á la Francia una paz aceptable y honrosa y, por lo tanto, duradera, sin conmover su nacionalidad, sin destrozar sus fronteras arrebatándole dos provincias queridas, sin someterla á la humillación y al saqueo, sin llevarla á la ruina, porque los desmanes de una soldadesca desenfrenada, comparable sólo á los reitres y á los

quenetes de otro tiempo, los extremos rigurosos del conquistador, sólo crean odios imperecederos, dejando en el corazón de aquellos que sufrieron la vergüenza de la derrota y la amargura del ostracismo en cautividad, la huella indeleble de un vejamen sangriento que perdurablemente clama venganza; y, por eso, víctima de su propia ambición y de su artera política de aquel entonces, ella, la poderosa aspirante á la hegemonia de toda la Europa, vigila inquieta las presas de sus victorias, ha buscado alianzas que encubren una debilidad, y estirando el cuello por sobre la inmensa cúpula sombría de la Selva Negra, ó por entre los ásperos desfiladeros de los Vosgos, mira desconfiada hacia el Poniente, donde los hijos de los vencidos velan eternamente sus armas, y prontos á la lucha hacen buena guardia, esperando la hora tan deseada de la batalla suprema.

II

La ola de la invasión germana avanza arrolladora difundiendo el espanto á lo lejos.

¡Hijos de la Francia! Ancianos, mujeres y niños; no salgáis al campo, no transitéis por los caminos, porque sólo veréis en ellos como nuncio de un peligro, alzarse hasta los cielos, levantada por el rápido galope de innumerables corceles de guerra, una inmensa nube de

polvo en la que se destacan millares de puntos luminosos, fulgurantes como el oro y el acero: los que lanzan los cascos de dorada punta y las brillantes bayonetas de los confederados Teutones; porque sólo oiréis, como el rumor de un prolongado trueno, el rodar incesante de una interminable fila de furgones de artillería y cureñas con cañones cuya voz de bronce pronto resonará potente en la obra mortífera de la batalla.

No esperéis compasión del vencedor, que como burla sangrienta lanzada al rostro de los caídos, hará vibrar en los aires, en un día de capitulación, los viriles ecos de vuestro canto nacional «La Marsellesa», tocados malamente por los mismos roncos clarines que señalarán con rápidos sones la hora de la carga, la hora de la matanza.

No la esperéis, no; porque en la insanía de sus iras, más terrible que la cólera celeste, no tendrá reparo en sembrar la desolación y la muerte en el seno de vuestra vieja Lutecia, con el hierro de sus obuses, desde las alturas de Meudon, abriendo profunda tumba al derecho de gentes y á todo lo más sagrado que encierra la civilización moderna!

El Príncipe Real de Prusia, comandante en jefe del 3.er ejército alemán, al saber por sus es-

pías la dirección que ha tomado el ejército de Mac-Mahon, tratando de operar su junción con el de Bazaine para formar un núcleo grande de resistencia, desprecia su principal objetivo que es amenazar á París, ejecuta una rápida conversión sobre su ala derecha y corre al Norte á marchas forzadas para alcanzar y batir al ejército francés, lanzando adelante su numerosa caballería para que le hostigue y retarde en su marcha; mientras que el Gran Duque de Saxe, con sus Sajones y la Guardia Real Prusiana, formando el 4.º ejército alemán, se destaca del gran ejército sitiador de Metz, y avanzando al Oeste por el valle del Orne, penetra en los Ardennes para cerrar el paso al enemigo.

Ambos príncipes van á darse la mano en Buzancy y á preparar con la maniobra combinada de sus dos ejércitos la ejecución del plan estra tégico que les ha sido indicado por el Gran Estado Mayor Alemán, desarrollando con toda seguridad la táctica infalible que encierra el secreto de sus ruidosos éxitos guerreros: la de conmover al enemigo con incesante fuego de poderosa artillería, quebrantando su energía moral, y herir luego un punto débil del mismo, descargando sobre él como el ariete de una catapulta, una inmensa masa de sus tropas de refresco, que operan audazmente sobre el flanco del contrario destrozándole en rápido ataque, repitiendo, así, el golpe brutal de Sadowa.

Después del triunfo irrisorio de Sarrebrück, preludio guerrero insignificante en sí, pero que hizo creer á la Francia que su ejército no tendría más trabajo que el de un paseo militar hasta Berlín, los desastres de Wissemburg, de Spickeren y de Wöerth, como rayos que estallasen sobre sus cabezas, habían aturdido y hecho perder el tino á los generales franceses.

Sus ejércitos, igualmente asombrados, retroceden deshechos, y cuando vuelven á tener el contacto con el enemigo, que avanza numeroso y aguerrido, enardecido por sus recientes victorias, ya desorganizados y vacilantes, nuevas derrotas los sorprenden, y tras los combates gigantescos de Borny, de Rezonville y de Saint-Privat, siempre adversos para el ejército del Rhin, llega el 30 de Agosto de 1870, y con el 30 de Agosto el principio del gran desastre para el ejército de Chalons.

En esta fecha infausta, los descuidos é imprudencias del general de Failly, causan la derrota de Beaumont, donde sorprendido solo por los Sajones, Bávaros y Prusianos, el 5.º cuerpo francés fué roto en mil pedazos.

Pero si faltó en el ejército francés una preparación larga y científica para la gran guerra; si estaba algo relajada su disciplina; si fué deficiente la administración militar y si el mando superior fué desacertado en sus disposiciones y el inferior se resintió muchas veces de falta de

la iniciativa necesaria para barajar lo imprevisto en la acción compleja de las grandes batallas cuyas peripecias no pueden seguirse de cerca; por lo extenso del radio que abarca su simultáneo y fulminante desarrollo, en cambio, hubo en todo esto sus honrosas excepciones, y á menudo la acción individual, desde el general al soldado, como también de pequeñas unidades tácticas, fué siempre brillante en los combates en que los franceses fueron inferiores en número, lo mismo que en los encuentros parciales de número proporcionado por ambas partes, donde el soldado francés no desmintió su arrojo y su bravura impetuosa, á lo que opuso el soldado alemán un furor más tranquilo, pero no menos terrible.

No hay duda que el número con una sólida organización, lo mismo que el armamento superior, sobre todo en artillería, son un factor seguro de la victoria.

Es indiscutible que los alemanes tuvieron ambas ventajas y que el *clan* francés, que buscaba el entrevero en brillantes cargas de caballería y el combate á arma blanca y cuerpo á cuerpo, sólo se quebró bajo el diluvio de hierro que vomitaba el ánima de acero de los cañones de retrocarga.

Numerosos ejemplos atestiguan que hubo en el ejército francés verdaderos rasgos de abnegación y de valor; de patriotismo y de amor á

la bandera, dignos de eterna memoria, que comprobados dan fuerza á las consideraciones por mí antes aducidás, y uno de ellos, que merece por su sencillez heroica ser conocido por todos aquellos que saben comprender cuán bello es el culto sagrado de la Patria, es el ocurrido en la noche siguiente á la fatal jornada de Beaumont, cuyo hecho paso á narrar en seguida.

Como ya he dicho, el 5.º cuerpo francés formando parte del ejército de Chalons y el más atrasado en su marcha por descuidos imperdonables de su comandante en jefe, es sorprendido por los alemanes en Beaumont hacia la hora del mediodía del 30 de Agosto de 1870. Al primer disparo de cañón hecho por las baterías sajonas, que emplazadas ya dan la señal de la batalla, los franceses sorprendidos, toman con rapidez sus armas, y pasado el primer momento de tumulto, los batallones más próximos conducidos por sus oficiales se lanzan adelante en espesas líneas de tiradores para contener el avance del adversario.

Éste se presenta en número y avanza en una extensa línea cóncava cuyas extremidades pronuncian un movimiento envolvente, precedido de sus poderosas baterías que hacen un fuego nutrido y rasante, acribillando de obuses y granadas al campamento francés, mientras que

también tiran á metralla sobre las infanterías que se adelantan hacia ellos.

Este terrible fuego obliga al pequeño cuerpo francés á retroceder con grandes pérdidas, abandonando su posición de Beaumont, punto de su primera resistencia. Para continuar ésta, mientras trata de reformarse y hacer jugar su artillería, tiende una segunda línea en las alturas de las Glorietles, replegando en ángulo entrante su ala derecha, que es atacada á su vez por los Bávaros y Prusianos. Esta nueva línea que se apoya en las granjas de la Hannoterie y de la Thibaudine es perdida también muy pronto, y el 5.º cuerpo — que se bate bravamente en retirada — establece con sus reservas y algunas baterías una tercera línea de resistencia desde las alturas de Joncq hasta las colinas bosqueadas que bordean la Meuse, no pensando ya sino en retirarse lo mejor que le sea posible sobre Mouzon y pasar el río, según lo prescribían las órdenes que recibiera en la madrugada de aquel día.

El general de Failly — que trata de contener el desbande de sus tropas, tres veces diezmadas y abrumadas de fatiga por una lucha de cinco horas contra fuerzas superiores en número y artillería — establece una fuerte retaguardia en la Sartelle y el monte de Breno, apoyando su izquierda en la meseta de Givaudeau, que precede al bosque del mismo nombre, en cuyo

punto comienza la brillante hazaña digna de un canto de Homero, que en aquella jornada y la noche siguiente llevó á cabo el 88.° de línea francés.,

Conociendo el general de Failly lo que puede esperarse de una tropa especial como la del 88.°, ordena á este regimiento, fuerte de 1,700 hombres, que ocupe la meseta de Givaudeau y la defienda y se sostenga allí, cueste lo que cueste, para proteger la retirada de su ala izquierda sobre Mouzon.

Durante tres horas, el regimiento que manda el bravo teniente coronel Domange, por haber sido nombrado tres días antes, su jefe el coronel Courty, general de Brigada, cumple su difícil misión, batiéndose con bizarría y rechazando victorioso los repetidos ataques del enemigo, mediante la ventajosa posición que ocupa.

Pero los alemanes, que han tratado en vano de reducir su resistencia indomable, se deciden á concluir de una vez.

Hacia las seis de la tarde comienza un tremendo fuego de artillería, que obliga al 88.° á retrogradar con grandes pérdidas y guarecerse en el bosque.

El teniente coronel Domange, para el caso de tener que hacer una retirada precipitada por el interior del mismo, señala á sus tres batallones como punto de concentración la Granja de Givaudeau, situada en el medio del citado bosque.

El fuego violento de la artillería alemana sólo precedía al ataque general que se preparaba sobre la posición ocupada por el 88.° francés. Así, inmediatamente de su retirada al bosque, numerosas columnas, que como negro hormiguero cubren el campo á lo lejos, avanzan hasta las pendientes cercanas y, unos en pos de otros, los Regimientos 101.° y 108.° sajones, y 26.° y 66.° prusianos, se lanzan al asalto de la posición, mientras que un batallón del 27.° prusiano flanquea la meseta por el lado de la Meuse.

Ante aquella avalancha de fuerzas que presentan un efectivo mayor que el de una División, el 88.°, conmovido ya por el fuego de la artillería enemiga que le ha causado numerosas bajas en el centro de la meseta y el linde del bosque, retrocede de nuevo, y dentro ya de este último aún resiste valerosamente, hasta que perdido más del tercio de su gente, su jefe ordena la retirada.

Perseguido de cerca el regimiento, esto no puede efectuarse sin cierto desorden inevitable en tales circunstancias.

Dos de sus batallones, los más mermados, se fraccionan en cuatro grandes secciones, se echan sobre la derecha, y por el arbolado de Villemontry y el Monte de Breno en unión de otras fuerzas que aún combaten, hacen su retirada por el camino de Mouzon.

El otro batallón resiste hasta el oscurecer en el interior del bosque, pero envuelto por todas

partes y casi exhausto de municiones, se dispersa, quedando parte de él prisionero.

El resto, dividido en pelotones que han perdido toda cohesión, se retira peleando al través del monte, pasando por entre sus añosos árboles como jirones de una inmensa nube que arrebata un viento de tempestad.

Algunos grupos del disperso batallón del 88.º que han podido bajar hasta el borde de la Meuse, oblicuando á su izquierda y ocultándose en las más ignoradas espesuras de Givaudeau, ya bien entrada la noche, remontan silenciosamente las pendientes escarpadas y cruzan el bosque buscando el punto de incorporación señalado por su jefe.

El teniente coronel Domange ha quedado oculto en la alquería de Givaudeau, que habían descuidado de ocupar los alemanes, quizá por juzgarlo innecesario.

Dicho jefe, á quien sigue su ayudante Lordon y un puñado de hombres resueltos, entra allí como á las nueve de la noche, hora en que ya ha cesado del todo la batalla, y hace poner la citada alquería en estado de defensa, aspillerando los muros y barricando con todo lo que encuentra á mano, puertas y ventanas, para el caso de un ataque nocturno é imprevisto.

Algunos oficiales, entre ellos el comandante Escarfail, el capitán David y el teniente Kelberger, acompañados del sargento Morel y de un grupo de soldados, se le incorporan más tarde.

A media noche se da orden de reunirse sin ruido en el gran patio de la Granja, rodeado de viejas construcciones, que sirven de almacenes, y cerrado al fondo por una tapia baja, medio derruída, en cuyo centro se abre una pequeña puerta-postigo que da al campo formado por un pequeño claro en el bosque. Allí se cuenta la gente. El destacamento asilado en la alquería arroja un efectivo de 2 jefes, 11 oficiales y 210 hombres de clase y tropa, todos pertenecientes al regimiento 88.º de línea.

El ayudante Lordon transmite en seguida las disposiciones del jefe superior, que aún se obstina contra su mala suerte tratando de resistir ó de librarse del odiado enemigo.

Se va á intentar el reunirse al ejército en retirada, aprovechando las sombras de la noche y pasar á la margen derecha de la Meuse por el puente de piedra de Mouzon, burlando, si es posible, la vigilancia del ejército alemán que vivaquea en los alrededores.

Al efecto, el destacamento, formado en buen orden, abandona silenciosamente la alquería, saliendo de ella por el gran portón que sirve de entrada principal á la misma: cruza con dificultad el bosque repechando la cuesta que conduce al camino, y con paso cauteloso, sigue éste hacia Mouzon; pero al aproximarse á una isleta de árboles, cercana al arrabal alzado en la orilla izquierda del río, la pequeña vanguardia

que manda el subteniente Barthe, es detenida por un: «¡Werda!» lanzado con voz fuerte y sonora, que repiten los ecos y que los deja como clavados en el sitio.

Al «¡quién vive!» del centinela alemán se suceden otros. Luego, tras la tercera intimación, brillan varios fogonazos seguidos de otras tantas detonaciones que interrumpen por un momento el silencio de la noche y silban algunas balas que felizmente pasan altas sin tocar á nadie.

Sintiéndose sorprendidos los franceses se agachan vivamente guardándose muy bien de contestar, y á fin de no ser vistos se echan á un lado del camino metiéndose por un plantío lindero á éste y retroceden á toda prisa para reunirse al grueso del destacamento que ha contramarchado en seguida.

Tienen ya la prueba de que el arrabal está ocupado, aunque no saben si en fuerza, y por lo tanto, que el camino que han de seguir les será obstruído por sus enemigos. Por otra parte, hay que despistar á la patrulla de reconocimiento que no tardará en mandar la gran guardia enemiga para averiguar la causa de los alertas de sus centinelas y sus disparos sin respuesta. Reunida la vanguardia á la pequeña tropa, ésta abandona la carretera, y disminuyendo el fondo en columna por dos, da flanco izquierdo metiéndose á paso de trote por un caminejo de herradura que empalma con aquélla al Este.

Llegada á un profundo barranco que coronan espesos matorrales, la columna hace alto y jefes y oficiales celebran consejo rápidamente.

El teniente coronel Domange manifiesta que no hay más que dos medios para evitar el quedar prisioneros del enemigo y escapar á su persecución.

Éstos son: buscar un vado en el río, porque por su fuerte corriente no es posible pasarlo á nado, ó atravesar las líneas enemigas sorprendiendo las tropas que custodian la entrada del puente.

Para intentar el primer medio, el destacamento penetra otra vez por un sendero perdido en lo más intrincado del bosque de Givaudeau, atraviesa á tientas una parte de éste, y escurriéndose por entre las altas hierbas, desciende la barranca hasta alcanzar la orilla fangosa de la Meuse. Allí, con ayuda de largas ramas desgajadas de los árboles, se hacen sondajes en diferentes sitios de la ribera, buscando afanosamente durante más de una hora un punto vadeable.

Pero tanto trabajo resulta inútil: no se halla ningún paso.

No queda, pues, otro recurso que el que corresponde á hombres de corazón bien puesto: el de pasar sobre el enemigo abriendo camino con las armas en la mano y ánimo levantado;

después de nueva consulta, es el que se adopta en definitiva.

Sin embargo, antes de acometer una empresa tan delicada, cual es la de una sorpresa nocturna en la que se juega la vida de todos, la prudencia aconseja averiguar si Mouzon, del otro lado del río, está aún en poder de la retaguardia que á prima noche tiroteaba desde allí al enemigo cubriendo la retirada del ejército francés.

Al buscar un vado, los hombres del 88.º han visto en lontananza las alturas de enfrente sobre la margen derecha del río, hacia el Norte de Mouzon, coronadas por los fuegos del vivac que suponen ser, y que efectivamente son, los de la brigada del valiente Cambriels, encargado de aquella difícil como honrosa tarea, llevada á buen término por la energía de dicho jefe y la tenaz resistencia que opusieron los dos abnegados regimientos á sus órdenes: el 22.º y 58.º de infantería de línea, apoyados por algunas baterías del 12.º cuerpo francés que manda el general Lebrún.

Importa saber si la población de Mouzon, propiamente dicha, y por consiguiente la otra cabeza del tablero del puente, está aún sin ocupar por los alemanes, porque de no ser así, no hay ninguna probabilidad de buen resultado en tan audaz tentativa.

El teniente Kelberger, alsaciano que sabe hablar perfectamente el idioma alemán, se ofrece á

arriesgar el todo por el todo, para obtener tal certeza, y es encargado de aquella peligrosa misión.

Disfrazado con el largo capote verde y el luciente casco de un oficial del 108.º Sajón, muerto junto al linde del bosque á inmediaciones de la granja Givaudeau, emprende su camino, y dando un largo rodeo se acerca por el lado Norte á las centinelas enemigas que vigilan la Meuse en aquella dirección.

Reconocido por uno de ellos como tal oficial mediante su disfraz, é inquiriendo hábilmente, el teniente Kelberger averigua que el 27.º regimiento de infantería prusiana, por entero, da la guardia de avanzada en el caserío de la margen izquierda, y que Mouzon no ha sido ocupado todavía, habiéndose dejado para el día siguiente el atacar dicho punto en caso de nueva resistencia.

So pretexto de incorporarse al cuerpo á que pertenece y del que se ha extraviado, el teniente Kelberger se despide del prusiano con un: «Danke, guter Freund», desanda con igual precaución que antes el trayecto recorrido, y llegado felizmente al paraje oculto donde le esperan los suyos, da cuenta detallada á su jefe del buen resultado de su estratagema y de las preciosas informaciones adquiridas.

Se decide entonces dar el golpe cerca del amanecer llevando un ataque brusco al enemigo an-

tes que éste eche diana y aprovechando la hora de su más profundo sueño, fatigado como estará, sin duda alguna, por una larga marcha y el rudo combate sostenido en la víspera.

Aquellos 223 hombres van á ejecutar una de las operaciones más difíciles de la guerra, que requiere excelentes soldados y un jefe de temple y arrojado, que los domine y los tenga bajo su mano hasta el momento propicio de lanzarlos á la lucha, dándoles él mismo alto ejemplo de audacia y de valor al ponerse á su cabeza.

La pequeña fuerza, poco antes de la madrugada, se acerca otra vez al camino y se prepara animosa para marchar adelante.

Se toman con presteza todas las disposiciones del caso.

Tratando de evitar todo ruido que revele su presencia al enemigo, se hace que la tropa cruce las vainas metálicas de los machetes por detrás, metiéndolas por dentro del cinturón de cuero para que al correr no choquen con las cantimploras y jarros ó calderetas de lata. Hay orden terminante de no fumar y de no hablar en voz alta. Se iguala á toda la gente el número de cartuchos repartiendo la munición que aún queda disponible.

Los soldados rompen la cubierta de los paquetes que encierran á aquéllos para tenerlos á la mano en las abiertas cananas cuyo botón han soltado. Luego revisan con gran cuidado el

muelle de sus «chassepots» y en la oscuridad se siente, aunque muy apagado, un ruido seco y breve : el que hacen las culatas móviles abriéndose y cerrándose al cargar.

A poco, se forma el destacamento por mitades á la derecha, en columnas de ataque á todo el ancho del camino, con el teniente coronel Domange, el comandante Escarfail y el capitán ayudante Lordon á la cabeza.

Un poco más adelante y á la derecha también, se coloca el teniente Kelberger que es quien ha de guiar la columna como más conocedor del terreno y del camino que debe seguirse.

Los otros oficiales, por orden de antigüedad y grados, ocupan sus puestos al frente de las mitades y en los demás puntos respectivos á los flancos de la columna. Todo está listo ; pero en la posición de descanso, con impaciencia de todos, se espera todavía un largo rato.

Por fin, el teniente coronel Domange mira la muestra de su reloj á la luz vacilante de un fósforo, encendido en el fondo de un kepí y tapado á medias con otro.

Son las 4 de la mañana.

« ¡ En marcha ! », ordena el jefe en voz baja. La pequeña tropa rompe á andar siguiendo el sendero que antes había recorrido, y tomando la carretera se dirige hacia el arrabal guardando siempre toda clase de precauciones, sin proferir una sola palabra, con ese gran silencio que

provoca todo peligro inminente cuya verdadera magnitud se desconoce.

La noche es todavía bastante oscura.

Algunas raras estrellas titilan en la inmensa bóveda azul: sopla una ligera brisa del Norte y precursora de una fresca mañana de Otoño, una espesa neblina que se eleva poco á poco del fondo del valle de la Meuse flota en jirones sobre el tupido bosque de Givaudeau ó remolinea en torno de la cima escarpada de las colinas cercanas.

Adelante, al extremo de la loma, cuya cresta ondulante sigue el camino, con las primeras tintas del alba, se distingue vagamente perfilada en el cielo la masa sombría del arrabal de Mouzon.

Más que por la orden dada, por su secreto instinto todo el mundo calla sus impresiones.

Los soldados excitados con la idea de una próxima lucha miran hacia adelante, tratando de sondear con la vista las tinieblas que les envuelven y oprimen nerviosamente sus largos fusiles en cuyo cañón, cargado ya, han calado también la ancha y vivoreada hoja de su arma favorita, poderoso instrumento de muerte en su mano ejercitada: el terrible sable-bayoneta.

Ellos, como sus oficiales, dándose exacta cuenta de su misión gloriosa, han olvidado la sed, el hambre y la fatiga, y apercibidos al com-

bate marchan con resolución tras el valiente jefe que los conduce, dispuestos á morir ó vencer, tan cierta es la máxima de Vauvenargues de que: « el valor engrandece las almas y engendra los héroes ».

Bien pronto la fila de jefes y oficiales percibe una sombra inmóvil situada á un lado del camino, como á doscientos pasos de las casas, y mal disimulada detrás del tronco de un abeto.

Es un centinela alemán que apoyando pesadamente la culata de su fusil en tierra y creyéndose, relativamente, en seguridad por el puesto que ocupa, contrario al lado al que puede presumirse al enemigo, dormita á medias tarareando una canción triste y monótona, un *lied* nativo, tal vez para alejar el sueño que le invade y distraerse de un fúnebre pensamiento encomendándose de paso, en sus adentros, á su santo patrono San Bruno, de Colonia, para que le saque con bien de la futura liza que presiente ardorosa; ó quizá, soñando con la rubia y plañidera Gretchen que por su causa llora males de ausencia hilando su rueca en las verdes riberas del Spree.

De repente, un vago rumor, bien conocido para él, llega á su oído: el rumor del cadencioso paso de una tropa militar en marcha, y al enderezarse sobresaltado para inquirir quiénes la producen, distingue, á su vez, á los franceses.

La cabeza de Medusa surgiendo lívida de en-

tre las sombras de aquella medrosa noche de un día de batalla, no hubiera infundido más espanto al descuidado velador germano que la inesperada aparición de aquella columna enemiga abalanzándose sobre él como inmenso y noctuo monstruo dispuesto á devorarle.

Tembloroso, con la garganta oprimida por el terror, el centinela trata de hacer oir su « ¡ Werda ! », apunta y hace fuego.

En seguida, sin saber qué partido tomar, vacila un instante, pero, haciéndose superior en él el instinto de conservación á la debilidad del primer momento, ansiando salvarse huye á todo correr cargando de nuevo su Dreyse y gritando desaforadamente : « ¡ Heraus ! ¡ Heraus ! » « ¡ Zu den Waffen ! »

« ¡ Adelante, viva Francia ! », grita con voz tonante el teniente coronel Domange, y toda la columna, violenta é irresistible, se precipita en pos de él como una tromba humana.

Los oficiales han puesto mano á la espada, y ligeros como gamos saltan á escape sobre la franja parduzca del polvoriento camino que en prolongada curva resalta más clara entre el verdor sombrío de los campos cultivados á uno y otro lado del mismo.

El soldado alemán, sintiéndose perseguido de cerca, huye desalado, repitiendo con voz entrecortada y cada vez más ronca: « ¡ Heraus ! ¡ Heraus ! » pero, el teniente Kelberger, que le va á

los alcances, próximo ya á él le tira tan feroz estocada que le atraviesa de parte á parte tendiéndole sin vida boca abajo, en la cuneta al borde del camino.

Aquel primer obstáculo ha desaparecido; pero ya la gran guardia enemiga alojada en un caserón ruinoso que un tiempo fué hostería, á la entrada del arrabal de Mouzon, puesta en alarma por el disparo y los gritos de su centinela, ha tomado apresuradamente las armas.

Los prusianos salen en revuelta confusión del patio y habitaciones bajas de la vieja casa, cargando apurados sus fusiles y tratando de formar en línea á la entrada de la calle.

Un *hauptmann* de alta talla y luenga barba rubia, lleno de coraje, entre votos y juramentos busca el dominar aquel tumulto, y blandiendo su espada anima con enérgicas voces de mando á sus hombres, algo aturdidos por lo repentino del ataque, los empuja hasta el camino y sale resueltamente á hacer frente á los franceses que ya están encima. Éstos, después de sufrir una terrible descarga que voltea á muchos de ellos, se precipitan á la bayoneta sobre sus enemigos repitiendo el grito de su jefe: « ¡ Adelante! ¡ Viva Francia ! ».

Un combate encarnizado se traba entonces, combate sin cuartel, aumentado su horror por la sombra nocturna que aún reina en el fondo de la angosta calle del arrabal.

Difícil es reconocerse á amigos y enemigos en aquel sitio sumido en la oscuridad más profunda.

Solamente de vez en cuando al rápido fulgor de los disparos se ve á los combatientes mezclados unos con otros, girando como impulsados por un turbión, avanzando ó retrocediendo, é hiriendo ciegamente á diestro y siniestro.

Después de otra descarga ya sólo se oyen tiros aislados y continuo choque de aceros. La lucha se sigue brazo á brazo y al arma blanca; se siente el golpe seco de las culatas al descargarse como una maza sobre los cráneos ó el ruido sordo de los cuerpos que caen desplomados sobre el enlozado, que ya tinto en sangre, forma el pavimento, de la estrecha calle. Y todo esto acompañado de un siniestro coro de blasfemias y juramentos, rumor de golpes, gritos y patadas, voces de mando de los jefes y ayes de dolor de los que yacen heridos ó moribundos.

Al disiparse la humareda de las primeras descargas, los franceses que han pasado sobre el cadáver del *hauptmann* y de la mitad de su gente, derribándoles á golpes de sable y punta de bayoneta, tratan de orientarse para ganar el borde de la Meuse y llegar al puente que ha de ser su salvación.

Desgraciadamente en aquellos críticos momentos el heroico Domange recibe una bala que le fractura el muslo derecho y rueda al suelo

mortalmente herido, sin que en medio de aquel tumulto horroroso sus hombres puedan auxiliarle, porque cargados por un enemigo muy superior en número y fusilados sin piedad por todas partes, cada uno lucha furiosamente para defender la propia existencia.

Unos pasos más allá, el teniente Kelberger, que siempre el primero, marcha adelante alentando sus soldados, cae como fulminado por un rayo, con la cabeza rota por un balazo á quemaropa, y aquel bravo queda tendido de espaldas sobre los cadáveres de dos de sus enemigos, muertos á sus manos, con la rabia de la desesperación pintada en su enérgico rostro, los ojos inmensamente abiertos, como si aún desafiase á su destino implacable, y la crispada mano oprimiendo fuertemente la empuñadura de su sable, el arma que poco antes, lleno de ardor y exuberante vida, esgrimiera con brazo vigoroso y cuya hoja brillante, describiendo en torno de él con rápido volteo un círculo sangriento, despedía relámpagos de luz que iluminaron un punto aquel callejón ignorado, mudo testigo de su valor indomable y obscuro campo de su gloriosa muerte.

Partida rúnica, desigual combate; en aquel asalto de uno contra veinte sucede lo de siempre, repitiéndose en pequeño lo que en las grandes batallas de aquella guerra funesta: el valor sucumbe al número.

El choque ha sido terrible, y la pequeña columna, que como una serpiente de escamas de acero pretende deslizarse cautelosa y audaz por el arrabal que cree dormido, sentida antes de llegar á él, al pasar bajo los fuegos cruzados del enemigo es diezmada y despedazada por éste como si pasase por entre el engranaje de las ruedas dentadas de una gigante máquina de guerra.

La refriega continúa ardiente, y aunque los franceses se baten como leones, dura para ellos más de lo que es de desear. Hay que apretar la mano y salir del paso como se puede, porque comienza esa semi-obscuridad que todo lo empalidece y que indica que pronto va á amanecer.

Gracias á la sorpresa y á lo impetuoso del ataque, lo mismo que á la obscuridad que al principio impedía las punterías, el destacamento francés ha conseguido á medias su objeto; mas si el enemigo, que felizmente no ha podido desplegarse, llega á envolverle, está perdido.

Ya se oye á lo lejos el toque de generala, é indudablemente sintiendo el fragor de aquel combate inesperado que da lugar á creer que se opera un ataque por la vuelta á la ofensiva de la retaguardia francesa, nuevas fuerzas alemanas van á sostener á su gran guardia que pelea desesperada.

Efectivamente: los prusianos, que ocupan todo el arrabal, despiertan sobresaltados por

aquella batahola infernal, tomando presurosos sus armas, y sin tiempo para salir, desde sus mismos alojamientos abren sobre la columna francesa, al paso de ésta por su frente, un vivo fuego de mosquetería.

De todos lados llegan las balas que se estrellan contra los faroles con el golpeteo de una granizada. Desde las bocacalles, desde los balcones, puertas y ventanas de las casas, por encima del caballete de las tapias de los jardines, por la lucana de los graneros, por los tragaluces ó respiraderos de los sótanos y bodegas, el enemigo dispara sus proyectiles que silban lúgubremente en el bordoneo incesante del rum rum de un enjambre de abejas irritadas.

Pero aquellos endiablados pantalones rojos y patas blancas, encorvados hacia adelante, con el kepí á la nuca y la bayoneta en ristre, corren siempre, derribando fieros cuanto se opone á su paso.

Con la aproximación del día ya se perciben claros los objetos y el fuego continúa vivísimo, siendo cada vez más certero. No hay tiempo que perder.

Toda la brigada Zychlinski está en movimiento; el 93.º prusiano bate marcha aproximándose al borde de la Meuse por la parte del arrabal, y una batería de artillería ligera acude al galope, flanqueando al mismo por el lado Norte, y desenganchando sus piezas toma posi-

ción en una altura inmediata, pronta á disparar á metralla sobre el punto en que aparezcan los franceses.

Desembarazada un tanto de sus enemigos, mediante el supremo esfuerzo que hace dando á fondo una carga á la bayoneta, la columna emprende de nuevo el paso gimnástico, dobla sobre su izquierda por una callejuela traviesa y entra en la avenida principal que conduce al puente antes que los fusileros del 27.º regimiento prusiano —que con su jefe el coronel Hildebrand á la cabeza, avanza pór aquélla al trote— puedan cortarles la retirada.

Al salir del antro de aquellas calles, dédalo tenebroso en el que con movimientos desordenados y peleando siempre, bailan una furiosa danza macabra que recuerda horrible el fúnebre cuadro de la de los muertos, de Holbein; los hombres del 88.º, como Dante al abandonar aniquilado los humeantes círculos de su Infierno, han logrado su *redivivus* y continuando en su tenaz empeño, aquellos valientes con el uniforme desgarrado y manchado de sangre y las manos y el rostro ennegrecidos por la pólvora, huellas profundas del cuarto de hora de titánica lucha que han tenido que sostener, libres ya en el espacio descubierto que en forma de plazoleta triangular se abre á la cabecera del puente, tienden osadamente una guerrilla para cubrir su retirada, y manoteando los últimos

cartuchos que les quedan en el fondo del portamunición, rompen un fuego graneado sobre el tropel de sus enemigos que de todos lados avanza hacia ellos lanzando formidables ¡hurras!, como para animarse unos á otros á la embestida de aquel denodado grupo que haciendo buena continencia y paso á paso bate en retirada replegándose por escalones sobre el puente.

Todavía allí, entre otros, rueda exánime, atravesado por el plomo enemigo, el teniente Chauvet, brillante oficial que en Beaumont como en aquel combate nocturno se ha portado valerosamente, á la par de sus bravos camaradas, y el capitán David que se bate como un desesperado mandando esta retaguardia, es herido en el mismo instante, pudiendo sólo salvarse de caer prisionero, llevado en brazos de sus soldados.

Por fin, se entra al puente, sobre la Meuse, que ha sido barricado con faginas rellenas con gruesos haces de heno y carretas cargadas de piedras.

El comandante Escarfail, de pie sobre el pretil del puente dirige la acción animando á su gente y protege la retirada de los últimos soldados de la guerrilla, con el fuego de algunos tiradores apostados detrás de la barricada.

A una orden suya el único trompa que ha quedado al destacamento hace oir con notas

agudas y precipitadas el toque de «reunión» y luego el de «retirada».

Entonces, todo el mundo, bajo un fuego endiablado, corre por el puente y cada uno salva como puede el obstáculo escalando rápidamente la barricada; algunos, alcanzados por las balas enemigas ó que en su apresuramiento han resbalado y perdido el pie, ruedan al río en cuyas bullentes aguas acrecidas por las lluvias de los días anteriores, desaparecen.

Una vez del otro lado y casi en salvo, perseguidos siempre por el fuego del enemigo, los franceses, que ya no contestaban á éste, pegándose á las paredes de las casas atraviesan en desfilada y á la carrera las solitarias calles de Mouzon, y fuera de allí, abrigándose tras los muros de las huertas, rodeando cercos, saltando empalizadas ó escurriéndose por el fondo de los barrancos cercanos, y en fin, aprovechando todos los accidentes del terreno para disimularse á la persecución del enemigo, llegan á campo atraviesa hasta el camino de Sedán, donde los alemanes, furiosos por su fuga, aún los saludan con algunos disparos de cañón.

Al estruendo guerrero de la reventazón de sus granadas que hacen volar el pedregullo del camino levantando nubes de polvo responde irónicamente el clarín de aquel pelotón sangriento, haciendo vibrar en los aires como una diana triunfal la alegre tocata del *refrain* del re-

gimiento, mientras colorea en Oriente una rosada aurora que asoma rápida y brillante como si anhelado hubiera presenciar el final ruidoso de aquel épico combate.

Es día claro ya; la persecución ha cesado, y en una hondonada, al abrigo de uno de los terraplenes de aquel camino, la diezmada y heroica tropa hace alto para tomar aliento y reponerse.

Se reconoce la gente, se cuenta de nuevo, y puede constatarse que sólo 84 hombres y 6 oficiales del 88.º de línea, muchos de ellos contusos ó ligeramente heridos, con el comandante Escarfail á la cabeza, han podido pasar á la otra orilla de la Meuse. El resto, es decir más del 60 %, incluso su arrojado jefe, ha quedado muerto, herido, ahogado en el río ó prisionero de guerra.

Puestos en marcha después de breve descanso aquellos valerosos soldados que acaban de efectuar casi milagrosamente el pasaje del puente de Mouzon, alcanzan la extrema retaguardia del ejército francés, que se replega lentamente siguiendo su marcha hacia Sedán, adonde llegan junto con ella á las 4 de la tarde del 31 de Agosto.

Allí reponen sus municiones y reciben algunos víveres, y luego van á incorporarse en las alturas de Floing á las otras compañías del mismo regimiento, que retirándose con más

fortuna que ellos desde el monte de Breno, y cortadas del núcleo principal por los accidentes imprevistos ocurridos en la batalla de Beaumont, habían podido pasar el río con el resto del 5.º cuerpo en la tarde del día anterior.

Las felicitaciones de sus compañeros de armas llovieron calurosas sobre aquel pequeño grupo de héroes, que no otro nombre merecen los que pelearon con desprecio de su vida en defensa de su país y sosteniendo el honor militar, muchas veces rebajado en aquel ejército, acometieron con su acostumbrado aplomo de viejos veteranos tan brillante hazaña, magnífica prueba de su heroísmo y de su abnegación sin límites, engrandecida con toda la belleza del sacrificio anónimo.

III

Al día siguiente, el 1.º de Septiembre, desde la madrugada se inicia la batalla de Sedán, que no concluye hasta la noche.

No es el caso de relatar aquí sus pormenores y resultados de todo el mundo conocidos por su gran resonancia y las consecuencias que ella tuvo. Volviendo al 88.º de línea y para concluir este episodio histórico, con otro rasgo de este benemérito cuerpo del ejército francés, diré que sólo desempeñaba en esa batalla un rol meramente pasivo hasta la última hora de ella, en-

que por algunos momentos entra en fuego con una bravura reconocida.

Colocado en segunda línea, como todo el 5.° cuerpo que está muy abatido y casi deshecho por la derrota de Beaumont, el 88.° que ha pernoctado en la aldea de Cazal, va, á mediodía, á tomar posición junto al bosque de la Garenne, donde, en reserva, con el arma al pie, soporta durante tres horas con el valor estoico de la inercia, el tremendo fuego de artillería que sobre aquel punto hace el 11.° cuerpo alemán para desalojar del bosque á la Division Liébert.

Cuando á la caída de la tarde se inicia la retirada general, el 88.° de línea se despliega y avanza para cubrir con sus fuegos la retirada de algunas baterías francesas que, ya faltas de municiones, retroceden hacia la plaza.

En aquel corto combate el regimiento pierde aún 40 hombres, muertos ó heridos, y el teniente Filoz herido en una pierna por un casco de metralla.

Al oscurecer el 88.° se retira á su vez y va á vivaquear en el glacis de la ciudadela de Sedán, teniendo sus soldados la sastifacción de haber sido los cambatientes de última hora que por aquella parte dispararon los últimos tiros sobre el enemigo.

El siguiente día, 2 de Septiembre, fué firmada por el General Wimpffen la capitulación, y el día 3 de mañana, muy temprano, los oficia-

les sobrevivientes se reunieron con el comandante Escarfail, que mandaba el regimiento, y después de breve discusión, todos de acuerdo, antes de entregarse rompieron sus espadas y decidieron que la bandera fuera quemada en presencia de ellos, levantándose allí mismo el acta correspondiente. Así fué destruída por el fuego para no ser entregada á los alemanes, aquella gloriosa enseña que había flameado con honor y victoriosa en Ysly y en Roma y que en horas bien amargas se había ilustrado y sostenido á igual altura en Beaumont y en Mouzon por el heroísmo y el denuedo de los que la sustentaron.

Por una desgraciada coincidencia, este regimiento de bravos, que después de su última jornada en Sedán, sólo quedara reducido á 34 oficiales y 940 hombres, de clases y tropa, es decir, á la mitad del efectivo con que empezó la guerra, tenía el mismo número de orden que el regimiento de marcha, 88.º, que formado en el mes de Febrero siguiente en Burdeos, con los deshechos de otros cuerpos y los rezagados y desertores del ejército del Loire, se unió con los sublevados y rojos de la Commune. y por sus atrocidades y actos licenciosos en las calles de París, adquirió tan triste reputación el 18 de Marzo de 1871.

Pero, el verdadero 88.º de línea, rendido en Sedán, después de haber cumplido con su de-

ber hasta el último momento en aquella guerra fatal, no tenía nada de común sino el número con el 88.º de marcha, verdadera banda de desalmados y bribones indignos por todos conceptos de llamarse soldados de un ejército regular.

Y tan fué así, que cuando después del anonadamiento de la Commune por las fuerzas mantenedoras del orden y de las instituciones, los restos del 88.º de marcha quisieron ser incorporados á los cuadros del 88.º de línea, que se reformaba con los prisioneros vueltos de su cautiverio en Alemania; los héroes de Beaumont y de Mouzon, aquellos vencidos gloriosos se indignaron, y en enérgica protesta rehusaron el recibirlos en el nuevo cuerpo en formación.

El general Le Flô era entonces Ministro de la Guerra, y al mismo tiempo que accedía á un pedido tan justamente formulado, felicitó ardientemente en la orden del día al expresado regimiento, por la solidaridad de gloria y de sacrificios que ligaba á todos los soldados, veteranos de brillante foja de servicios que nada tenían que reprocharse, y los que en tal ocasión demostraron á qué alto grado había llegado el sentimiento del deber militar y el *espíritu de cuerpo* en aquel regimiento mártir, siempre fiel á la consigna de «Patria y Honor».

Montevideo, Mayo 29 de 1895.

FIN